

pañeros que le quedaban estaban aterrados; que no tenían fuerzas ni armas que oponer á sus perseguidores; que corría á una muerte segura, pues él mismo había repetido, que los autores de semejantes empresas no gozaban de los frutos que producían. Sin elementos de ninguna clase, sin plan, sin combinación, saltar resueltamente á la arena para combatir, sólo podía ser obra de una alma de buen temple, por más descabellado y loco que el paso se suponga. Mas sea de ello lo que fuere, la resolución de Hidalgo fué de inmenso resultado para los destinos de nuestra patria; fué la pequeña causa de que resultan las grandes consecuencias; una de las acciones que influyen en el adelantamiento y en el progreso de la humanidad.

Hidalgo, ya vestido, hizo llamar á su hermano Don Mariano y á Don José Santos Villa, y con ellos, Aldama, Allende y diez hombres armados, salió de su casa y se dirigió á la cárcel, amenazó al Alcaide con una pistola para que pusiera en libertad á los presos, y logrado el objeto, reunió hasta ochenta hombres, á quienes dió por armas las espadas de las Compañías del Regimiento de la Reina, que estaban en el pueblo, y entregó al sargento Martínez. Era domingo, y más temprano de lo de costumbre, se llamó á misa en la Parroquia: ocurrieron los habitantes y los rancheros de las cercanías, de los cuales muchos tomaron parte en la revuelta, de modo que bien pronto los insurgentes formaron un número de trescientos hombres. Aprehendieron al Subdelegado Rincón y á diez y siete españoles, y quedaron dueños de la población sin la más mínima resistencia. Comenzaba la lucha por la Independencia.

J. M. LAFRAGUA.



GRANADITAS.

I.

Los acontecimientos del año de 1808 en España, á causa de la invasión del ejército del Emperador Napoleón, habían llenado de luto á Madrid en el célebre 2 de Mayo de aquel año. El sacrificio heroico de los oficiales de artillería "Daouz" y "Velarde," había exaltado el patriotismo caballeresco de los españoles, y las medidas violentas del gran Duque de Berg, "Murat," los había irritado tanto, que el mismo Napoleón se las desaprobó, previendo las funestas consecuencias que le trastornarían sus planes. El resultado fué que la España se levantó en masa á vindicar los ultrajes inauditos con que se le humillaba y faltaba á la buena fe y á la confianza que se había depositado en aquel ilustre guerrero. Dos faltas perdieron á Napoleón: la traición á la lealtad castellana, y la ingratitud con la generosa Polonia. Jamás la alta política, con cuantos recursos pueda ministrar la diplomacia, podrá disculpar á los hombres del poder que se olvidan de los deberes que les prescribe la moral.

La España, reconociendo sus derechos, se lanzó á la guerra y presentó el espectáculo nuevo de salvarse un pueblo en medio de la anarquía. Se erigieron juntas con pretensiones de dominarlo todo en el interior y en ultramar; pero en medio de esas diversas ambiciones se proclamaban dos principios: "la independencia de la patria, y la libertad de Fernando VII."

Los agentes de Murat se dirigieron á las posesiones españolas de América, á la vez que los de las juntas de España: los de Murat, para que reconociesen al poder francés, y los de éstas para asegurar la adhesión á la metrópoli, y especialmente para sacar recursos con que auxiliarla en sus esfuerzos contra Napoleón.

En estas circunstancias era Virrey de Nueva España Don José Iturrigaray, hombre débil é indeciso, y que hacía grande tráfico con los empleos y los honores públicos, acumulando, en unión de la Virreina, gruesas sumas. El fausto y los desórdenes que se vituperaban justamente en la Corte de Madrid á la Reina María Luisa, aquí eran imitados por la Virreina y su séquito; y, ¡cosa sorprendente! la condescendencia de Iturrigaray lo hacía popular.

Los acontecimientos, pues, de la Península, hicieron que los españoles tratasen con alguna familiaridad á los mexicanos: la palabra "hermano" se escuchaba de nuevo, y la de "independencia" y "libertad," pronunciadas en la madre patria, resonaban en el país de Moctezuma, con encanto indefinible.

El Ayuntamiento de México en masa, con su síndico Lic. Don Juan Francisco Azcárate, solicitaron del Virrey la instalación de una junta suprema, á imitación de la de España, y la convocación de unas Cortes del Virreinato, erigiendo un Gobierno supremo. El señor Azcárate logró persuadir al Virrey, quien pasó en consulta la representación del Ayuntamiento al real acuerdo. Este desechó la representación del Ayuntamiento, pues temían los individuos de aquél, entre otras consecuencias, la de perder sus empleos, por la popularidad que se le quería dar al Gobierno del país.

Una segunda representación de parte del mismo Ayuntamiento tuvo igual resultado en el Acuerdo, aunque el Virrey condescendió en que se formase una junta de "notables" para deliberar, formada de todas las clases, siendo la más heterogénea. El Virrey se manifestó indeciso, el Acuerdo triunfó, y el Ayuntamiento se vió desconcertado. La indecisión del primero y algunas condescendencias con los mexicanos, se han repu-

tado después por algunos servicios hechos á nuestra Independencia, y los mexicanos hemos con prodigalidad recompensado un mérito que nos hemos empeñado en creer, cuando lo contrario se halla en la causa y defensa de Iturrigaray.

La indecisión de éste en la junta, la animosidad que los notables manifestaron en contra de los mexicanos, dieron origen á los odios y á los partidos. Desde ese día uno fué el de los "españoles" y otro el de los "criollos." Epítetos odiosos se atribuían unos á otros, y los sentimientos de Independencia de Nueva España comenzaron á desarrollarse.

El Virrey, sin capacidad, sin resolución, y sin voluntad propia, caminaba más bien al acaso y con cierta contemplación, que con un sistema fijo. Los despachos de las juntas de Sevilla y de Oviedo, la noticia del progreso favorable de la insurrección de España, vinieron al fin á desconcertar al Virrey, quien nuevamente convocó el 6 de Septiembre de 1808 una junta de notables, en la que los odios se encendieron más, y los partidos se juraron una guerra á muerte.

En esa junta comenzó á acreditarse en contra de los mexicanos un hombre de odiosa memoria. El oidor Bataller fué tan funesto por su rabioso encono con los patriotas, como por su ejemplo: algunos mexicanos en todo lo excedieron, y para vergüenza del país, los que proscibían su independencia han obtenido con ella un cambio social ventajoso....

El oidor Bataller, infatigable en contrarrestar al Ayuntamiento, dijo de este Cuerpo: "Que su autoridad se extendía sobre los léperos." Después de Bataller ¡cuántos ha habido que lo han imitado!

De día en día se aumentan los disgustos; una conspiración se comenzó á organizar por el partido español contra el Virrey, que era un obstáculo á sus miras. El Arzobispo Lizana fué seducido hasta el extremo de que en la noche del 15 de Septiembre bendijo á los conjurados. En esa noche al 16, se efectuó por fin la prisión del Virrey, que allanó la traición del oficial de su guardia, Capitán Don Santiago García.

Los comerciantes del Parián fueron los principales ejecutores de este atentado, y de ahí les quedó el nombre de "parianistas," tan detestados, como los que por otro motivo, aun más ignominioso, recibieron igual epíteto en el escandaloso año de 828.

A la prisión del Virrey siguieron las de los señores Azcárate y otras personas respetables.

Las amenazas de los españoles, sus medidas arbitrarias y sus disposiciones en la organización del nuevo Gobierno, irritaron más á la multitud. Se trató de organizar una conspiración contra lo existente, entre varias personas de Guanajuato y Michoacán, que se sofocó en Diciembre de 809, con algunas prisiones.

Los males del pueblo seguían, y la exasperación de los que discurrían en aquella época se aumentaba. Personas ilustradas y llenas de un sentimiento noble y generoso, no podían transigir con el estado violento que guardaba el país, y más crítico aún por los acontecimientos de la Península.—La combinación del ilustrado Cura de Dolores, Don Miguel Hidalgo, y de los desinteresados Allende, Aldama y Abasolo, fué descubierta, cuyo acontecimiento la precipitó. El 16 de Septiembre de 1808 anunció una conspiración toda española; el 16 de Septiembre de 1810 una revolución toda mexicana. Desde ese día, el mes de Septiembre en los fastos mexicanos representa sus glorias, así como hoy el mes de Diciembre sus convulsiones. ¡Ved dos meses que el fatalismo no puede dejar pasar inadvertidos!

La empresa de Hidalgo fué grande y temeraria: los acontecimientos posteriores no deben, bajo ningún aspecto, ofuscar el mérito de la empresa y de su autor. ¡Qué escenas execrables no se han visto en países civilizados! ¿Cuánto escándalo no ha presenciado la Europa á fines del siglo pasado y en nuestros días? La situación de la Nueva España, la falta de los conocimientos más sencillos de la política en el año de 10, las pasiones de los más, los agravios ciertos ó supuestos, recibidos de los dominadores del país, todo contribuía á una desorganización general; y una vez estallada la revolución,

ni Hidalgo, ni nadie pudieran contener los desórdenes consiguientes.

¡Feliz México si sus dominadores, comprendiendo su posición, hubiesen sido magnánimos y generosos desde el principio; ni ellos, ni los mexicanos, habrían sufrido lo que la historia trazará con caracteres de sangre, y este país habría sido siempre virgen! Pero las faltas de unos y otros, el orgullo de unos y la arrogancia de los otros, y las represalias, rompieron los vínculos sagrados de padres é hijos; y tantos esfuerzos y tanta sangre vertida, ¿qué resultado han dado?....

Repentinamente, el señor Hidalgo se vió al frente de una numerosa é informe reunión. San Miguel el Grande y Celaya, recuerdan lo difícil que es dirigir un conjunto de hombres que no tienen orden. Entre atacar á Querétaro ó Guanajuato, se decidió por el segundo: se dirigió, pues, á aquella ciudad.

En la capital, el nuevo Virrey Venegas, que vió al principio con desprecio el grito de Dolores, reunía diversos Cuerpos de todas armas para contener la rebelión, y anunciaba las medidas de rigor con que creía sofocarla. Todas las clases privilegiadas, la Universidad y la Inquisición, lo apoyaban, invocando la religión y lanzando anatemas y excomuniones; mas nada de esto podía salvar á Guanajuato.

II.

El Intendente de esa provincia, el ilustrado y virtuoso Riaño, comprendió al punto cuánto debería temer. Luego que supo el movimiento mandó tocar "general:" se reunió el Batallón provincial y gran parte del pueblo. Todo era alarma y confusión; los habitantes cerraban sus casas, los comerciantes sus tiendas, y el pueblo corría en todas direcciones. El Intendente convocó una junta, en la que expuso las críticas circunstancias en que se hallaba, y lo que debería temer la población. Predicadores vagaban en las calles con Crucifijo en mano exhortando á contrariar al "hereje Hidalgo;" pero fueron vanas sus exhortaciones,

porque pocos se animaron, y los que llegaron á estarlo se desanimaron después.

Los preparativos de defensa continuaron con la actividad propia de Riaño, lleno de celo infatigable. Patrullas de infantería y caballería recorrían las calles, y no se perdía medio para hacer frente al enemigo.

El 23 de Septiembre en la noche, el señor Riaño dispuso fortificarse en el sólido y vasto edificio de la "Alhóndiga de Granaditas," y allí se acopiaron todos los caudales públicos, que consistían en oro y plata acuñados, barras, azogue, papel sellado, etc. Los particulares, especialmente los europeos, llevaron también sus caudales, alhajas, diamantes y ricas mercancías, y cuanto más de valor tenían. Como treinta salas se ocuparon con estos efectos, en tales términos, que quedaron casi llenas. (*) Lo depositado valía como cinco millones de pesos.

La fortificación se aumentó, construyéndose trincheras en las avenidas del edificio y en la azotea; se hizo un considerable acopio de pertrechos de guerra, preparándose por dentro con pólvora multitud de frascos de azogue para que hicieran veces de bombas ó granadas, y de víveres para mantenerse por mucho tiempo. El 26 se publicó un bando en que se libraba al pueblo del tributo que pagaba cada individuo: esa pensión reconocía un origen odioso; era, pues, un castigo, por el sentimiento que manifestó con la expulsión de los jesuitas. La gracia repentina nada influyó para que aquel se entusiasmase; ¡tan cierto es que los favores concedidos, en los momentos extremos no se consideran, y desprestigian más al que los otorga! Inútil fué, igualmente, para entusiasmar al pueblo, haber presentado los españoles en la plaza mayor las fuerzas con que contaban. Esto fué el 27. Riaño no perdía momento en defenderse y pedir auxilios al Virrey Venegas y á Calleja, que se hallaba en San Luis Potosí. El 28, las cosas se acercaban á su desenlace. El temor, la zozobra, y lo que es peor, el

(*) Cuadro Histórico del señor D. C. M. Bustamante.

desaliento, se dejaban ver en el semblante de los habitantes, y especialmente en los "defensores de Guanajuato:" ya no había aquel entusiasmo que se procuraba aparentar en los días anteriores. Las diversas noticias del aumento de las fuerzas de los patriotas y su aproximación á la ciudad hacía temblar á todos. La mañana de ese día fué anuncio de grandes desastres. El pueblo, con total indiferencia, ocurría á todas partes á juzgar, y de vez en cuando se dejaba decir algunas palabras amenazadoras.

Las fuerzas del General Hidalgo se acampan desde la tarde anterior en las inmediaciones de la ciudad, tomando muy pocas posiciones militares, y las demás lo hicieron sin ninguna regularidad. Las tropas nacionales se componían de la mayor parte del Regimiento de la Reina, que lo arrastraron á la revolución con su ejemplo y patriotismo los Capitanes del mismo, Allende y Aldama, un Batallón de Celaya que se hallaba en San Miguel, y una numerosa reunión de gente colecticia, mal armada, sin disciplina, y que propendía al desorden. Con este ejército, que se calculó en cerca de veinte mil hombres, marchó el General Hidalgo á Guanajuato.

El 28, á las once de la mañana, se presentaron dos hombres con unos dragones, en la trinchera avanzada que estaba por el punto de Belén; esos hombres eran el Coronel Don Mariano Abasolo y el Teniente Coronel Don Ignacio Camargo, trayendo un oficio de su General Hidalgo, en el que intimaba al señor Riaño para que se entregara á discreción con los demás españoles que lo acompañaban, ofreciéndole tratarlos con consideración ó con rigor; mas cualquiera que fuese la respuesta, ofrecía al primero y su familia un salvo-conducto en lo particular, siendo esta distinción una prueba del buen concepto que disfrutaba aquel honrado español.

Se contestó á los parlamentarios que se iba á responder. Abasolo se retiró y Camargo solicitó entrar al fuerte, que lo hizo á estilo de guerra y con los ojos vendados. Conferenció con los individuos comisionados por el señor Riaño. Este mandó se leyese antes en junta el oficio de Hidalgo.

Concluida la lectura, se expresó con la serenidad que inspira el valor y la lealtad, en los términos siguientes:

“Señores: ya han oído vdes. la intimación: el Cura Hidalgo trae mucha gente, é ignoramos si viene con artillería; en este caso, es imposible defendernos. Yo no tengo temor, porque estoy pronto á perder la vida al lado de vdes.; mas no quiero que se crea, sacrifican vdes. la suya por mis ideas particulares: lo que vdes. resuelvan, estoy dispuesto á hacer.”

El silencio que anuncia el temor de grandes desastres, sucedió á las palabras del Intendente. Ese silencio triste fué interrumpido por Don Bernardo del Castillo, que indiscreto más que resuelto, exclamó:

—“No, señor; no hay que rendirse.... Vencer ó morir.”

Estas fatales palabras arrastraron á la multitud, y el señor Riaño fué consecuente á lo que ofreció, sin medir más el número de combatientes ni el peligro. El dolor, sin embargo, lo atormentaba, no tanto por él, pues se le oyó decir: “¡Ah, pobres de mis hijos los de Guanajuato!”

Respondió al General Hidalgo con dignidad y cortesía, negándose á reconocerlo como Capitán general, y que estaba resuelto á defenderse hasta morir. El señor Riaño fué el único, acaso, entre los jefes españoles, que no desconoció el derecho de gentes.

El Teniente Coronel Camargo partió con la respuesta.

III.

El Intendente se preparó al ataque. luego como se despachó al parlamentario. El General Hidalgo, viendo la resolución del señor Riaño, dispuso la marcha. A la una de la tarde comenzó á entrar el ejército, dividido en dos trozos: uno atacó á Granaditas por el frente, y el otro por la puerta que comunica á la hacienda de Dolores, ocupando las demás fuerzas los cerros inmediatos. Los realistas estaban situados en el fuerte y en esta hacienda: los americanos avanzaron, vitoreando á la “Virgen de Guadalupe,” cuya imagen lleva-



Entrada de Hidalgo á Guanajuato.

ba en sus banderas de varios colores, y á la "América." El ataque comenzó: aquella reunión informe se precipitó como un torrente. Todo era confusión; la gritería de los invasores, á los que se había unido el pueblo, el clamor de los heridos, la multitud de piedras lanzadas por éstos, el fuego de las tropas regulares, el de los sitiados, la explosión terrible de los frascos que arrojaban éstos, y que como granadas reventaban, los innumerables muertos que caían por todas partes obstruyendo el paso, todo presentaba el cuadro más triste y horroroso que pueda imaginarse. Un indio se abalanza á uno de esos frascos, y con los dientes pretende quitarle la espoleta: no lo consigue, y desaparece en pedazos. Los agresores en vez de acobardarse, se llenaban de coraje, animados por la venganza de ver á sus compañeros en tierra. El ataque se renovaba tanto como la defensa: las víctimas caían por todas partes, la sangre corría á torrentes: el fuego se redobló, el ataque se había encarnizado ferozmente. Frenéticos los americanos hicieron un esfuerzo para asaltar el fuerte: en esto quedó cortada la caballería realista, y en vano sus jefes intentaron maniobrar con ella, y menos formarla. Un oficial, Valenzuela, aunque americano, hizo grande destrozo con sus pistolas y sable en sus compatriotas: al fin lo hicieron rendir; su último aliento lo exhaló gritando: "¡Viva España!" Este hombre en las banderas de su patria, habría sido un héroe; en las de sus enemigos fué un frenético. Riaño mandó la retirada al interior del fuerte: en esto advirtió que el centinela de la puerta principal había abandonado el puesto: pundonoroso y resuelto el Intendente, toma en la mano el fusil y reemplaza á aquél, haciendo fuego. Un cabo del Regimiento de Celaya, de la infantería de los patriotas, le apunta y lo derriba.... El señor Riaño sucumbió, y los españoles perdieron un héroe.

Como Ney con un fusil en la mano, y como Bayard, se podía decir que era un caballero sin temor ni tacha, "sans peur et sans reproche." Recogido al punto su cadáver, una escena doblemente dolorosa tuvo lugar: el sentimiento de sus subordinados y la

desesperación de un hijo suyo completaba aquel espectáculo de dolor.

La muerte de Riaño causó á más del espanto, el desconcierto en los sitiados. Luego se cerró la puerta, sin que el fuego disminuyese por las azoteas y ventanas del fuerte y de la hacienda de Dolores. El General Hidalgo redobló entonces sus esfuerzos para apoderarse de aquél á toda costa: los asaltantes caían por todas partes; mas despreciaban la muerte. Comenzaron á dar barrenos para derribar una esquina del edificio, y penetrar en él. Su presencia de ánimo, su resolución, no podían nacer sino de un patriotismo verdadero.

Mas como poco se avanzaba, se creyó importante apoderarse de la puerta principal incendiándola: hacerlo era una temeridad inaudita, por la lluvia de balas que caían, y por la infernal explosión de los frascos de azogue.

Fastidiado Hidalgo con aquella monotonía de muerte, rodeado de inmensas olas de plebe, se dirigió á un hombre á cuya voz obedecían.

—Pipila, le dijo Hidalgo á ese hombre: la patria necesita de tu valor.... ¿Te atreverás á prender fuego á la puerta de la Alhóndiga?

—“Sí,” respondió aquel hombre, y sus ojos brillaron con una feroz alegría. Tomó en seguida una tea ardiendo, y cubriéndose con una losa ancha se dirigió gateando hacia la puerta, que incendió. El lépero de Guanajuato abrió el registro de los héroes mexicanos. Un plebeyo se immortalizó el primero.

Nada les valía á los españoles el desesperado valor con que se defendían, porque sus pérdidas eran irreparables. Cuando notó el sargento mayor Berzabal que toda resistencia era infructuosa, excitó á sus compañeros á rendirse. El más espantoso desorden siguió á esa excitativa; unos pretendían desfigurarse, otros tiraban la casa, las armas y dinero por las ventanas, y otros, en fin, querían primero morir que rendirse. En estos momentos una bala derribó á Berzabal, aumentándose el desconcierto: se puso bandera de paz, por el primero que le ocurrió, y el fuego parecía ter-

minado: con esta seguridad, los indios se arrimaron á las puertas. Los realistas que se hallaban en la hacienda de Dolores, ignoraban lo ocurrido en Granaditas, y prolongaban con obstinación la defensa, haciendo estragos en los indios. Sucedió lo que era natural: se supuso una perfidia, y á los gritos de “traición” con que la plebe llenaba el aire, sucedieron las horribles órdenes de asaltarlo todo, y de no dar cuarteel á nadie. Pocos instantes después, aquel cuadro era espantosamente animado. Las pasiones todas se retrataban en un fondo de humo y ráfagas de fuego. Se imploraba en vano la piedad y la compasión de los vencedores: queriendo vengar éstos los crímenes de la conquista y los agravios de trescientos años, disminuyeron el mérito de su empresa, por no haberle otorgado nada á la humanidad.

Los defensores de la hacienda de Dolores tuvieron que sucumbir, y aquí las escenas de Granaditas se repitieron: los españoles fueron arrojados á lo profundo de la noria de la hacienda, en donde algunos de sus compañeros se habían ocultado antes.

Cuanto se encontraba en Granaditas y Dolores fué presa del furor de aquellos hombres, que de nada se ocupaban más que de lo presente. Los independientes penetraron por en medio de escombros y de cadáveres: presa de su triunfo fueron todos los caudales y alhajas que allí se habían introducido. El General Hidalgo no pudo contener tantos desórdenes, que á Allende y demás compañeros desagradaron hasta el extremo.

Ese día, dolorosamente memorable, ha dejado profundos recuerdos para Guanajuato. Amigos ó enemigos de la revolución, verán en Granaditas, los unos resignados, los otros “llenos de esperanza aún,” el primer lugar que se enrojeció con la sangre de los defensores de la Independencia de México.

Enero 18 de 1846.

DOMINGO REVILLA.